

# A LA VUELTA DE LA ESQUINA

## OTRA ACLARACIÓN SOBRE LÓPEZ VELARDE

Es un error de *Vuelta* 175 colgarle "Un comentario sin específico" de Guillermo Sheridan a "Una lectura médica de 'La flor punitiva'" de Ruy Pérez Tamayo. De añadir algo, mejor hubiera sido señalar que en ese mes de junio de 1991 se cumplían setenta años de la muerte de López Velarde. Otra posible intervención deseable de la redacción: publicar fotos de la casa recientemente restaurada, donde murió el poeta. Quizá también el acta con el certificado médico de la defunción.

En cambio, el recuadro al pie es muy extraño: "proponer ciertos matices" en el mismo número y en la misma página, como si hubiera tanta prisa, es una descortesía editorial. Más aún si los "matices" no añaden nada, como pueden verse, distinguiendo

a) El mundo histórico, médico, corporal, donde se da la enfermedad y muerte de López Velarde.

b) El mundo literario de "La flor punitiva" de López Velarde y *Un corazón adicto: La vida de Ramón López Velarde* de Guillermo Sheridan, textos que tematizan hechos del mundo A, pero que organizan su propio mundo, su película, su novela, o como se quiera llamar el constructo imaginario que recorre el lector.

c) El mundo legendario, fantasioso o chismográfico que tematiza la enfermedad y muerte de López Velarde en un constructo imaginario de elaboración colectiva.

Ruy Pérez Tamayo se ocupa de los hechos del mundo A, a partir de un texto del mundo B, y deja claramente establecido: En primer lugar, que "La flor punitiva" no habla de una sífilis sino de gonorreas recurrentes. En segundo lugar, que no hay bases para creer que la muerte de López Velarde haya tenido que ver con la sífilis o con otras enfermedades venéreas.

Sheridan no tiene nada que objetar a la primera afirmación, y la agradece, como debe ser: como una aportación de Pérez Tamayo. Pero añade dos hipótesis

gratuitas. La primera se refiere al mundo A: acepto que "La flor punitiva" no habla de sífilis, pero eso no descarta la posibilidad, por improbable que sea, de que López Velarde haya tenido sífilis, aunque se haya muerto de otra cosa. Está bien. Pero así se puede suponer cualquier cosa posible.

La segunda hipótesis se refiere a los mundos B y C: lo que en el mundo B diga "Rafael López" (entre comillas, porque es el personaje de mi relato, no Rafael López el personaje histórico; menos aún, yo) es una afirmación no avalada por mí en el mundo A; pero "Rafael López" puede decir en el mundo B que "La flor punitiva" habla de sífilis, porque tal consejo "forma parte de la leyenda lópezvelardeana" en el mundo C y porque "El hecho es que existe la tesis de que la neumonía difícilmente habría bastado para aniquilar a un hombre de esa edad y ese tamaño". Vamos por partes.

Por lo que hace a la tesis: que yo sepa, nadie había escrito tal cosa en relación con López Velarde, hasta ahora que se publica en *Vuelta*. Todo lo que he leído acepta tranquilamente que se murió de neumonía, sin ver ahí ningún problema. El que lo vio fue Pérez Tamayo, y cuando me lo dijo me extrañó. Al comentarlo con otras personas, también se extrañaron: tampoco estaban enteradas de que un adulto robusto no se muere de neumonía sin más. Precisamente por eso le pedí a Pérez Tamayo que escribiera: que pusiera su firma de patólogo eminente en afirmaciones que yo no podía sostener. Y lo que ahora resulta extraño es que *Vuelta* publique esas afirmaciones acompañadas de un recuadro donde se recurre a la tesis que por primera vez se publica como si fuera cosa muy sabida y hasta argüible precisamente para "matizar" lo que *Vuelta* publica. Ni la tesis se puede dar por sabida en relación con López Velarde, ni es el lugar y momento de aprovecharla para "matizar", ni se "matiza" nada al proponer que, a pesar de que no haya sífilis en el texto de "La flor punitiva", pudo haberla en el cuerpo de López Velarde.

Por lo que hace a la leyenda: que yo

sepa, no hay chismografía documentable que le atribuya a Rafael López (sin comillas) lo que dice "Rafael López". Más aún: que yo sepa, no hay nada documentable antes de 1980 sobre la supuesta sífilis.

Naturalmente, si Sheridan quiere tomarse la licencia literaria de que "Rafael López" hable de una sífilis no documentada ni en el mundo A ni en el mundo C, tiene cierto derecho para hacerlo, mientras quede claro que "Rafael López" habla en el mundo B. Pero nadie le ha negado ese derecho y, por lo mismo, no tiene derecho a defenderse como si lo atacaran: como si Pérez Tamayo, al señalar que "La flor punitiva" no habla de sífilis, criticara una afirmación de Guillermo Sheridan.

El libro de Sheridan me gustó, en primer lugar, porque está bien escrito. No hay que reconocerles juicio literario a los investigadores, críticos o teóricos de la literatura que no demuestren gusto literario en el mismo acto de escribir. En segundo lugar, por su riqueza de información e imaginación. Una invención feliz como la del viaje en tren (donde aparece el dicho de "Rafael López"), permite organizar elegantemente, en un supuesto diálogo, la pedacería de opiniones y memorias de amigos, conocidos y admiradores de López Velarde.

Pero, en repetidas ocasiones, al querer consultar el libro, me topé con que tiene bibliohemerografía, pero no índice, cronología ni notas. Las notas hacen falta para leer el libro no sólo como una vida imaginada por un escritor sino como una biografía escrita por un investigador. Es cierto que entre una buena película muy documentada y un currículum muy exacto, no tenemos por qué escoger: cumplen funciones distintas; pero, precisamente porque el libro de Sheridan tiene tanta información, sería deseable que una edición futura estuviera profusamente referida al mundo A: esto se sabe con toda seguridad, como consta en tales fuentes; esto dice Fulano, pero quién sabe; esto me lo imaginó, a partir de tal o cual barrunto; esto es una licencia literaria; etc. Así el libro

tendría las dos funciones, y Sheridan estaría más tranquilo. No se precipitaría a matizar, casi arrebatándole la palabra, a quien aporta una lectura médica utilísima para leer mejor a López Velarde.

Ojalá que también otros científicos nos ayudaran a leerlo mejor. Pienso, por ejemplo, en el manuscrito de "El sueño de los guantes negros" que está en la Academia Mexicana y que tiene pasajes ilegibles, porque López Velarde lo escribió con lápiz. Ya hubo un intento (contraproducente) de usar reveladores químicos. ¿No habrá quien sepa cómo aplicar reveladores electrónicos, de los que se usan para leer las escrituras sumergidas en los palimpsestos bíblicos?

Gabriel Zaid

#### ALGO MÁS SOBRE LÓPEZ VELARDE

El ensayo de Gabriel Zaid "Aclaraciones sobre López Velarde" es una lección para historiadores: el rigor y la precisión en la búsqueda de las fuentes y su cotejo crítico, hacen a menudo la diferencia entre la verdad y la mentira, es decir, toda la diferencia. Como ejercicio de explicación biográfica, también me parece notable: por hipocresía, por idealismo o por comodidad, en nuestro medio se descartan las motivaciones materiales prácticas (dinero, prestigio, poder) y los patrones psicológicos familiares como claves de la conducta. Más aún tratándose de un poeta. La muerte de López Velarde tenía que estar "a la altura del arte". Zaid recobra una muerte por quiebra, una muerte humana.

De mis conversaciones a principios de los setenta con dos de los "Siete sabios", y de viejos apuntes en los que aparecen referencias a López Velarde, extraje los siguientes detalles.

1) *Cupido Gómez Morin*. Gómez Morin llegó por primera vez a México a fines de 1913 y vivió en una casa de asistencia, pero no en la calle de Dolores sino en la del Apartado, cerca de El Carmen. No fue allí, entonces, donde conoció a López Velarde. La amistad entre ellos se consolidó cuando ambos vivieron en la calle de Jalisco. En los últimos años fue tan cercana que López Velarde obsequió a la madre de Gómez Morin su propio ejemplar original, mecanografiado, de *La sangre devota*. La dedicatoria de *Zozobra*, fechada el 3 de febrero

de 1920, dice: "a la simpática amiga y ejemplar señora Concepción Morin de Gómez, con mi respeto". En nuestras conversaciones, Gómez Morin en 1970 y 1971 se refería con afecto y familiaridad a "Ramón", pero nunca mencionó haberle presentado a María Nevares. Tampoco habló de haber compartido con él un despacho. Creo que, de ser cierto, me lo hubiera dicho.

2) *Sobre su desánimo en política*. Hallé la prueba de una leve diferencia entre Madero y López Velarde que éste pudo quizá tomar como un nuevo desaire. Se encuentra en el Fondo Francisco I. Madero de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Son dos cartas dirigidas a Ramón López Velarde y firmadas por el secretario de Madero, Elías de los Ríos. La primera de ellas está fechada en la Ciudad de México el 16 de agosto de 1912. La segunda es del 22 de agosto del mismo año pero no es legible. Ambas se refieren al mismo tema.

Chapultepec, 16 de agosto de 1912

Sr. Lic. Ramón López Velarde  
Primera de Dolores N° 9  
Ciudad

Muy estimado señor y amigo:

Contesto su grata (del) 14 del actual. Rogué al Sr. Presidente en mi nombre me sirviera darle una carta de recomendación a favor del Sr. Vicente Zamora, pero como el Sr. Presidente ha seguido últimamente una línea invariable de conducta de no dar recomendaciones sino a personas de su entero conocimiento o excelentes amigos, le suplico dar algunos datos sobre el Señor Zamora, aunque sean ligeros, para saber a qué persona recomiendo.

Quedo su amigo que lo aprecia, s.s.  
Elías de los Ríos

3) *Ministro por un día*. Según la minuciosa cronología de Alfonso Taracena, López Velarde renunció a la Jefatura del Departamento Universitario el 12 de diciembre de 1914. Doce días después, en Nochebuena, el diario *La Convención* anuncia su nombramiento en ese mismo puesto. ¿Qué prueba esta fluctuación? A mi juicio, la propensión a la caída que descubre Zaid. No hay duda de que López Velarde tuvo muchas veces un sentimiento de inferioridad con respecto a su medio. Vázquez del Mercado me contaba, con orgullo, que él, a sus 21 años,

"tenía que darle" el guión de la clase al inexperto López Velarde, cinco años mayor que él. No se olvidó que la estrella del momento era Pedro Henríquez Ureña, cuya actitud ante la literatura (humanística, académica) difería por completo de la de López Velarde. Cuando se alzó en el horizonte la estrella "mística" de Antonio Caso (en las memorables conferencias de 1915 sobre los héroes del cristianismo) López Velarde sintió un alivio a su desubicación: por eso en su ensayo sobre Caso refiere que el filósofo trabaja para "nuestra comodidad interior".

4) *Zozobra*. Cuando estudiaba la actitud suicida de Felipe Ángeles en el exilio (antes de regresar a morir con el moribundo villismo) pensé que la Revolución pintaba un círculo de tiza en torno a las vidas de sus protagonistas. El que caía dentro estaba condenado a morir y vagamente lo sabía, lo buscaba. El círculo atraía como un imán: no había modo de alejarse. Alejarse era acercarse. La solidaridad ideológica y moral era, en muchos casos, la razón de un encadenamiento fatal: Ángeles, amigo y devoto de Madero, debía morir abrazado a su fe, como Madero.

En el caso de López Velarde el encadenamiento con Carranza que sugiere Zaid me parece convincente, más aún si se recuerda la profunda depresión en la que cayó su cercanísimo amigo Manuel Aguirre Berlanga luego de presenciar lo que a mi juicio fue más un suicidio que un asesinato. En mayo de 1920 López Velarde habría compartido con Aguirre el secreto del suicidio y habría sentido el contagio solidario con su "padrino" Carranza. Su vida cayó dentro del círculo de tiza. La quiebra económica, política, vital que describe Zaid debió "precipitar", en efecto, una quiebra más grave y terminal que la metafísica: la quiebra física.

Enrique Krauze

**Vuelta**  
se une al duelo  
por el fallecimiento  
de nuestro amigo  
el gran pintor mexicano

Rufino Tamayo